

# El romance de la Primera Dama de los EE. UU. y Lorena Hickok



## ELEANOR Y HICK

Susan Quinn



EDICIONES  
CASIOPEA

# ELEANOR Y HICK

SUSAN QUINN



Eleanor y Hick, *El romance de la primera dama de los EE. UU. y Lorena Hickok*  
Título original de la obra: Eleanor and Hick, *The Love Affair That Shaped a First Lady*

© Susan Quinn, 2016

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Penguin Press, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

© De esta edición, Ediciones Casiopea, 2020

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma.

ISBN: 978-84-121020-8-6

Traducido por: María Fernández y Juan Pablo Gragera

Imagen de cubierta: *Eleanor y Hick posando en unas escaleras con el gobernador Pearson*. Getty Images

Diseño de Cubierta: Karen Behr y Anuska Romero

Maquetación: CaryCar Servicios Editoriales

Susan Quinn es la autora de *Furious Improvisation: How the WPA and a Cast of Thousands Made High Art Out of Desperate Times* y *Marie Curie: A Life*, entre otros libros. Su trabajo ha aparecido en *The New York Times Magazine*, en la revista *The Atlantic* y en otras publicaciones. Fue presidenta de PEN New England y vive en las afueras de Boston, Massachusetts.

\* \* \*

Críticas al libro *Eleanor y Hick* publicado en inglés.

«El romance entre la primera dama Eleanor Roosevelt y la periodista Lorena “Hick” Hickok nunca se ha tratado con el mismo cuidado y atención como en el libro de *Eleanor y Hick* de Susan Quinn. En él, Quinn traza hábilmente los caminos diferentes pero convergentes de estas dos complejas mujeres y le da una nueva vida a su relación íntima y dinámica, en un contexto de tremenda agitación social».

—NPR.org (Mejores libros de 2016).

«Cautivador... Con una prosa que se lee con tanta fluidez y fascinación como si se tratara de ficción. Quinn narra la historia del descontento conyugal y la determinación de la primera dama de vivir una vida independiente pese a su prominente posición en la opinión pública, así como de los treinta años de compañerismo y amor que se desató entre ella y Hickok... Más allá de una historia de amor convincente, *Eleanor y Hick* saca a la luz un lado diferente de la Casa Blanca de principios del siglo xx, revelando el impacto significativo de esta relación poco convencional en la historia política y cultural de los Estados Unidos».

—*Harper's Bazaar* (Mejores libros de 2016).

«Darle sentido a esta célebre relación ha sido complicado para los historiadores y Quinn admite la imposibilidad de saber qué pasó exactamente entre ambas mujeres en

el aspecto físico. Sin embargo, basándose en gran medida en sus cartas, Quinn sostiene que el vínculo que compartieron fue realmente romántico... La impresión permanente de este libro es la complejidad de la vida íntima de los Roosevelt».

—*The New Yorker*.

«Una fascinante doble biografía... Quinn aporta nueva profundidad a esta épica historia de amor de tres décadas de duración».

—*New York Post*.

«Fascinante».

—Susan Dunn, *The New York Review of Books*.

«Un relato cautivador».

—1843 (*The Economist*).

«Un libro conmovedor de una historia de amor condenada por las circunstancias. Combinando una investigación exhaustiva con matices emocionales, Quinn se sumerge en lo más íntimo para retratar a los diferentes personajes del presidente y la primera dama».

—Richard Norton Smith, *The Wall Street Journal*.

«Quinn escribe sobre ambas mujeres con gran sensibilidad; desde el daño que sufrieron durante su infancia hasta la influencia mutua como escritoras y activistas sociales. Investigado meticulosamente, bien escrito y emocionalmente impactante, esta es una incorporación bienvenida al estante de libros Roosevelt».

—The Boston Globe.

«Un relato ameno y comprensible sobre la relación entre estas dos mujeres».

—*The New York Times Book Review.*

«Quinn analiza las más de tres mil cartas que ambas mujeres se intercambiaron —una correspondencia sincera, apasionada y fundamentada en sólidos principios— para crear una fascinante imagen del poder y el júbilo del “acto subversivo” de estas mujeres y su beneficioso impacto en el país».

—*Brit & Co.*

«Fascinante».

—*People.*

«Quinn ha escrito un libro íntimo, tierno y sabio».

—Stacy Schiff, *The Washington Post.*

«Además de relatar una hermosa y compleja amistad, Quinn también defiende con fuerza que Eleanor Roosevelt fue la primera dama más importante desde el punto de vista político de los Estados Unidos».

—*Bookpage.*

«*Eleanor y Hick* une maravillosamente la vida de estas dos mujeres, mostrando su gran independencia y, sin embargo, su continua dependencia recíproca. En el libro también

se refleja un cambio en la opinión cultural, posiblemente uno que marcará el comienzo de libros sobre otras relaciones homosexuales históricas igual de bien investigadas y amables».

—*St. Louis Post-Dispatch*.

«Quinn narra la siempre sorprendente historia de Eleanor desde una refrescante perspectiva y presenta a una intrépida, elocuente, compasiva y resistente Hick. Con episodios hilarantes, deslumbrantes y desgarradores, la crónica convincente de Quinn narra la largamente encubierta historia de un amor que traspasa los tabúes y que es beneficioso para el mundo».

—*Booklis*.

«Una biografía dual bien investigada... De ritmo rápido y atractivo, este trabajo cautivará a los lectores de biografías presidenciales y estudios de LGBTQ<sup>1</sup>».

—*Library Journal*.

«Quinn explora hábilmente cómo evolucionó la improbable relación, basándose en la correspondencia entre ambas mujeres, las historias orales en los archivos, varios documentos del Gobierno y muchas otras fuentes que permiten a los lectores aprender mucho sobre asuntos normalmente de índole privada... Un estudio implacable y cautivador de dos personas notables que ayudaron a ampliar los roles de las mujeres estadounidenses en el ámbito de la política pública».

—*Kirkus Reviews* (reseña destacada).

«El entrañable libro de amor y lealtad de Susan Quinn, ambientado en la época más tumultuosa del siglo xx, se lee con cierto aire de confidencia. La relación prohibida entre la primera dama Eleanor Roosevelt y la periodista Lorena Hickok es una de las

grandes relaciones amorosas de la historia y, sin embargo, se ha mantenido en gran medida acallada. Gracias a Quinn, esta hermosa y valiente historia ha dejado de ser un secreto».

—Mary Gabriel, autora de *Amor y Capital. Karl y Jenny Marx y el nacimiento de una revolución* (finalista del Premio Pulitzer y del Premio Nacional del Libro de Estados Unidos).

«Al contar con vívidos detalles la historia de una notable relación entre dos mujeres fuertes, Susan Quinn ha proporcionado una nueva forma de ver algunos de los eventos más trascendentales del siglo xx. *Eleanor y Hick* es una historia cautivadora, conmovedora y penetrante».

—David Maranis, autor de *Barack Obama: The Story*.

«El romance de Eleanor Roosevelt con la reportera de AP, Lorena Hickok, que se mantuvo oculta a la vista del público durante los años más célebres de sus vidas, fascina e inspira en el relato de Susan Quinn. *Eleanor y Hick* es una historia poderosamente conmovedora y vital que no podría haberse contado en su momento y altera drásticamente lo que pensábamos que sabíamos sobre la primera dama más influyente y más querida de los Estados Unidos».

—Megan Marshall, ganadora del premio Pulitzer, autora de *Margaret Fuller: A New American Life*.

«Esta es una importante y posiblemente única biografía en la historia de la presidencia de Estados Unidos. La virtud especial del libro *Eleanor y Hick* es que Susan Quinn nos permite ver cómo la larga e íntima relación de Eleanor Roosevelt con Lorena Hickok la ayudó a convertirse no solo en una primera dama, sino también en una gran dama: valiente, comprometida, compasiva y complicada. Un gran logro».

—Nigel Hamilton, autor de *The Mantle of Command*.



# ELEANOR Y HICK

EL ROMANCE DE LA PRIMERA DAMA DE LOS EE. UU. Y  
LORENA HICKOK

SUSAN QUINN

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

### PRIMERA PARTE: AMOR IMPREVISTO

- Capítulo 1 - Empezando a confiar
- Capítulo 2- Eleanor según Hick
- Capítulo 3 - Je t'aime et je t'adore
- Capítulo 4 - Lorena
- Capítulo 5 - Eleanor
- Capítulo 6 - La escapada

### SEGUNDA PARTE: SIENDO UN EQUIPO

- Capítulo 7 - Compañeras
- Capítulo 8 - La presidenta y la periodista
- Capítulo 9 - Salirse con la suya
- Capítulo 10 - Ahora o nunca
- Capítulo 11 - Abandonada
- Capítulo 12 - En busca de un hogar

### TERCERA PARTE: JUNTAS Y SEPARADAS

- Capítulo 13 - Labores comerciales
- Capítulo 14 - ¡Este lugar!
- Capítulo 15 - Tiempo de lágrimas

### CUARTA PARTE: UN MUNDO EN GUERRA

- Capítulo 16 - No más miedo
- Capítulo 17 - Mejor política que su marido
- Capítulo 18 - En la residencia
- Capítulo 19 - ¡Metidos hasta el cuello!
- Capítulo 20 - Arriesgando todo
- Capítulo 21 - Una lucha por el amor y la gloria
- Capítulo 22 - Ganando con las mujeres

Capítulo 23 - Solo hay un presidente  
Capítulo 24 - La gran catástrofe del mundo

## QUINTA PARTE: EMPEZAR DE NUEVO

Capítulo 25 - Deslizarse en suelos de mármol  
Capítulo 26 - La opinión de la humanidad  
Capítulo 27 - Una nueva forma de ser útil  
Capítulo 28 - Subsistiendo

## EPÍLOGO

### AGRADECIMIENTOS

### INFORMACIÓN SOBRE LAS FUENTES

### NOTAS

#### Introducción

Capítulo 1 - Empezando a confiar  
Capítulo 2 - Eleanor según Hick  
Capítulo 3 - Je t'aime et je t'adore  
Capítulo 4 - Lorena  
Capítulo 5 - Eleanor  
Capítulo 6 - La escapada  
Capítulo 7 - Compañeras  
Capítulo 8 - La presidenta y la periodista  
Capítulo 9 - Salirse con la suya  
Capítulo 10 - Ahora o nunca  
Capítulo 11 - Abandonada  
Capítulo 12 - En busca de un hogar  
Capítulo 13 - Labores comerciales  
Capítulo 14 - ¡Este lugar!  
Capítulo 15 - Tiempo de lágrimas  
Capítulo 16 - No más miedo  
Capítulo 17 - Mejor política que su marido  
Capítulo 18 - En la residencia  
Capítulo 19 - ¡Metidos hasta el cuello!  
Capítulo 20 - Arriesgando todo  
Capítulo 21 - Una lucha por el amor y la gloria  
Capítulo 22 - Ganando con las mujeres  
Capítulo 23 - Solo hay un presidente  
Capítulo 24 - La gran catástrofe del mundo  
Capítulo 25 - Deslizarse en suelos de mármol  
Capítulo 26 - La opinión de la humanidad  
Capítulo 27 - Una nueva forma de ser útil

Capítulo 28 - Subsistiendo  
Epílogo

## INTRODUCCIÓN

Cuando Franklin Roosevelt asumió la presidencia en 1932, su esposa, Eleanor, había logrado forjarse una vida independiente: una vida de enseñanza, escritura y activismo político. Ahora estaba a punto de convertirse en Primera dama, con todos los deberes que eso conllevaría. En mitad de las celebraciones de la victoria, Eleanor estaba aterrorizada por su futuro.

Lorena Hickok, una reportera asignada por la Associated Press para cubrir a la nueva primera dama, fue una de las pocas en percatarse de la infelicidad de Eleanor y se tomó aquello en serio. Hickok, Hick para todos los que la conocían, trabajó pacientemente para ganarse la confianza de Eleanor. Cuando escribió sus crónicas para *AP*, Eleanor y Hick ya se habían enamorado. Hick conocía lo que podía y no podía publicar acerca de la infelicidad de Eleanor. Escribió un perfil que era franco sobre la renuencia de Eleanor a convertirse en primera dama, pero sin revelar todas las razones.

Estados Unidos estaba en las profundidades de la Gran Depresión. Los bancos se estaban quedando sin dinero, el desempleo crecía como una espiral ascendente y existía una posibilidad muy real de que el país estallase en violencia. Los estadounidenses necesitaban desesperadamente el liderazgo que Franklin Roosevelt prometía proporcionar. Eleanor se convertiría en la socia más importante de Franklin en los grandes desafíos que enfrentó. A menudo actuaba como su conciencia, recordándole el coste humano que suponían sus decisiones políticas e instándolo a hablar con valentía sobre el racismo y la inequidad. Sin embargo, cada vez más, mientras Roosevelt esperaba asumir la presidencia, Eleanor halló excusas para pasar sus días y noches con Hick.

Sería difícil imaginar una pareja más improbable que Eleanor y Hick. Eleanor había crecido en una mansión en el Hudson, en Nueva York, con niñeras y sirvientas, mientras que Hick había trabajado como sirvienta en las casas de otras personas, desde los catorce años, en las desoladas ciudades ferroviarias de Dakota del Sur. Sin embargo, a pesar de estas circunstancias tan diferentes, ambas mujeres tuvieron una infancia solitaria y carente de amor, y ambas necesitaban el tipo de afecto profundo que se darían la una a la otra.

A Hick le habría encantado establecerse con Eleanor de por vida. Nunca se sabrá si Eleanor podría o habría estado de acuerdo con esto. Aun así, amó a Hick de una forma nueva y

emocionante. En otros tiempos y circunstancias, ella y Hick podrían haber tenido una vida en común, como otras parejas de mujeres en su círculo.

No obstante, la intimidad de Hick y Eleanor tendría que encajar no solo en el matrimonio de Eleanor, sino también en los trascendentales acontecimientos tanto nacionales como mundiales que le tocó vivir. Después de que Roosevelt saliera elegido como presidente, Hick se mudó sigilosamente a la Casa Blanca, donde permaneció de manera intermitente durante los trece años de la presidencia de Roosevelt. Eleanor y Hick lograron formar una relación que transformó sus vidas y contribuyó en gran medida a importantes iniciativas de la política del «New Deal».

Cuando no estaban juntas, Eleanor y Hick escribieron sobre su anhelo mutuo: «¡Oh! ¡Cómo deseaba abrazarte en persona en vez de imaginarlo! En vez de eso, besé tu fotografía y se me saltaron las lágrimas», escribió Eleanor a Hick durante el primer año de su relación.

«Ha habido momentos en los que te he extrañado tanto que ha sido como un dolor físico, y en aquellos momentos odiaba San Francisco porque no estabas allí», escribió Hick desde San Francisco después de que se fueran juntas de vacaciones al oeste de los Estados Unidos durante el verano de 1934.

Eleanor amaba a Hick por muchas razones, y no se sintió herida porque dicha relación se considerara un acto subversivo en el seno de su prestigiosa familia.

Para empezar, Hick era una mujer; también era una reportera, una especie con la que la tía de Franklin, Kassie, afirmó con orgullo no haber hablado en su vida. La tía Kassie, como otras personas de su círculo, creía que el nombre de una dama solo debía aparecer impreso en tres momentos: su nacimiento, su matrimonio y su muerte. Hick tenía un cutis color crema, y unas piernas bien definidas, pero pesaba noventa kilos y se vestía sin adornos, con un estilo a su medida. Se deleitaba con la comida y la bebida, jugaba bien al póquer, fumaba mucho, incluso en ocasiones un puro, y era capaz de emitir juramentos. A diferencia de Eleanor, que controlaba sus mayores emociones, Hick las dejaba salir. Cuando escribía una «historia triste», las lágrimas corrían por sus mejillas; cuando escribía un artículo de humor, su risa sacudía todo su cuerpo.

Era divertido estar con Hick, aunque también era una persona tempestuosa: con frecuencia escribía sus cartas a Eleanor en un tono furioso al hablar de una u otra injusticia, sobre todo después de dirigirse al jefe de asistencia del New Deal, Harry Hopkins, para informarle de la desesperada pobreza de los años de la Depresión. «Este valle es el lugar más maldito que he visto. Si no estás de acuerdo con ellos, eres comunista, desde luego», escribió a Eleanor desde El Centro, en California. En otra ocasión, cuando la Cruz Roja estaba reteniendo ropa de abrigo para una emergencia: «Dios mío, ¿me pregunto qué será una emergencia a los ojos de las viejas señoras que dirigen la Cruz Roja!».

La educación de Eleanor nunca le permitiría expresarse de forma tan enfática. Pero la relación con Hick le dio el coraje de abrirse, más que nunca, a sus verdaderos sentimientos. «Estoy de regreso y al borde de las lágrimas que esperaba poder eliminar este verano. Solo espero que nadie más se dé cuenta, y no creo que lo hagan porque mi apariencia es buena», le escribió a Hick en agosto de 1935.

La relación epistolar de Eleanor y Hick fue algo poco común y excepcional. Derramaron su anhelo en miles de cartas. Pero también usaron las cartas para contar las vivencias del momento. La formación periodística de Hick le sirvió de mucho cuando informó sobre el terrible coste humano de la Depresión: era buena recopilando información, logrando que la gente hablara, y buena contando historias vívidas. Oficialmente, tenía que reportar a Harry Hopkins, sin embargo, le contó a Eleanor las mismas historias, y algunas más, en sus extensas y detalladas cartas. Esta correspondencia y los informes avivaron la defensa por parte de Eleanor en favor de los más necesitados, e incluso a veces llegaron hasta el escritorio del presidente. Otras veces, Hick describió situaciones tan desgarradoras que llevaron a Eleanor a la acción. Uno de los informes de Hick sobre las familias mineras del carbón en Virginia Occidental impulsó a Eleanor a subirse a su vehículo descapotable y conducir hasta el lugar para verlo por sí misma. Poco después, ella y otros elaboraron planes para Arthurdale, una comunidad de granjas para acoger a familias mineras. Arthurdale fue el primero de los muchos proyectos de reasentamiento para familias desfavorecidas que se construyeron durante la administración de Roosevelt. Todo comenzó con un informe de Hick.

Las cartas de Eleanor a Hick son una especie de reportaje sobre su vida en una burbuja en la Casa Blanca, y sin duda, más sincero que sus relatos publicados. Llegaron con tanta frecuencia que Hick, en el campo de batalla desde donde informaba sobre la vida de los pobres, le pidió a Eleanor que usara papel de escribir sencillo. El membrete dorado de la Casa Blanca era motivo de vergüenza cuando llegaba a una oficina de correos en ciudades como Bemidji, en el estado de Minnesota, o como Jesup, en el estado de Georgia. Con el tiempo, las descripciones largas y muy detalladas de Eleanor acerca de sus días en la Casa Blanca llevaron a Hick a proponerle que acercara su historia al mundo. My Day, la columna diaria que llevó a Eleanor Roosevelt a los hogares de Estados Unidos, surgió de los informes diarios privados que envió por primera vez a Hick.

Eleanor se convirtió en una prodigiosa escritora; escribió su columna seis veces a la semana desde la década de 1930 hasta casi el final de su vida. Además, escribió memorias que pretendieron ser la historia de su vida. Hay que reconocer que estas fueron más una ficción que la realidad, en lo que respecta a sus sentimientos sobre su matrimonio, su suegra, sus problemáticos hijos y su vida en general. La columna My Day y las memorias son útiles registros

de eventos, pero pintan una imagen irreal de la vida emocional de Eleanor Roosevelt. Las cartas entre Eleanor y Hick cuentan una historia más auténtica y convincente, no solo de Eleanor, sino también de la periodista y cronista menos conocida, aunque brillante, de la Gran Depresión, Lorena Hickok.

Eleanor y Hick se intercambiaron más de tres mil trescientas cartas, comenzando cuando se enamoraron, en 1932, y terminando poco antes de la muerte de Eleanor, treinta años después. Hick murió en 1968, cinco años y medio después que Eleanor. Encomendada por Eleanor a través de la correspondencia, Hick debatió consigo misma y con otros sobre su disposición final. Algunos de los amigos leales de Eleanor pensaron que todas las cartas deberían quemarse para proteger la reputación de la primera dama. Hick destruyó algunas de las más explícitas. Trató de reescribir otras dejando de lado las partes más pasionales. Afortunadamente para la posteridad, no tardó en renunciar a ese gran esfuerzo, que estaba acabando con la correspondencia de toda una vida. Al final, decidió donar las cartas a la Biblioteca Presidencial de Franklin D. Roosevelt en Hyde Park, Nueva York, con la condición de que no se podían abrir hasta que hubieran pasado diez años desde su fallecimiento.

Como estaba previsto, en 1978, una periodista llamada Doris Faber, escritora prolífica de libros sobre estadounidenses destacados, se encontró con las cartas. Se sintió conmocionada y consternada por lo que halló. «¿Cómo podría un adulto, razonablemente perceptivo, negar que se trataba de cartas de amor? ¿Y que un romance, con al menos algo de expresión física, había existido entre esta reportera y Eleanor Roosevelt? ¡Increíble!», se preguntaba de forma retórica. En «algo así como el clásico estado de *shock*», Faber preguntó al bibliotecario de Hyde Park por qué la colección no se podía volver a guardar al menos durante algunas décadas más.

Faber culpó a Lorena Hickok por donar las cartas y permitir que el mundo las viera. Insinuó que Hick había sido seducida, en su solitaria vejez, por el encargado del archivo de la biblioteca. Afirmó que Hick había actuado debido a «un ansia incontrolable de fama póstuma». Finalmente, Faber quedó convencida de que la historia saldría a la luz, de forma más sensacional, si ella no la contaba.

El libro resultante, *The Life of Lorena Hickok: E.R.'s Friend*, se publicó en 1980. Doris Faber fue una investigadora exhaustiva, y reunió información valiosa de amigos que han fallecido desde entonces. Pero los «sentimientos encontrados» con los que emprendió el proyecto amortiguaron una historia que merecía ser contada y celebrada en plenitud. En su lugar, trató de asegurar a los lectores que «la Eleanor Roosevelt que emerge en los documentos de Hickok no difiere en gran medida de la primera dama que ya conocemos». En 1980, cuando salió el libro, algunas lesbianas declaradas ansiaban obtener más. Kathy Riley lamentaba en la revista *Big*



*Mama Rag* que Doris Faber hubiera sido la primera en tener acceso a las cartas: «Un crimen similar a entregar los poemas de Safo a los teólogos cristianos del medievo».

Sin embargo, otros criticaron a Faber por incluso sugerir que Eleanor Roosevelt podría haber tenido una relación íntima con otra mujer. Una de ellas fue Helen Gahagan Douglas, la demócrata progresista que se pronunció en contra del macartismo, y que fue acusada por Richard Nixon de ser «rosa hasta en su ropa interior». Se negó a cooperar con Faber cuando se enteró de que podría existir un indicio de relación íntima entre Hick y Eleanor. En 1980, la homosexualidad despertó miedo y hostilidad, incluso en una mujer que había defendido a los trabajadores migrantes y a los soldados afroamericanos.

Para cuando empecé a leer las cartas en Hyde Park hace seis años, ya habían cambiado muchas cosas. Blanche Wiesen Cook había presentado la íntima relación entre Eleanor y Hick de una manera nueva y totalmente comprensiva en 1992, en el primer volumen de su innovadora biografía de Eleanor Roosevelt. Hoy en día, el amor entre dos mujeres no me parece chocante ni vergonzoso, ni a mí ni a muchos otros.

Sin embargo, todavía me encuentro con personas que se resisten a creer que Eleanor Roosevelt estuvo involucrada de forma apasionada con otra mujer: «¿Eleanor Roosevelt? ¿En serio? ¿Una relación lésbica? ¿Una relación lésbica física?». Sospecho que la gente reacciona de esta manera porque tiene una visión fija de Eleanor Roosevelt, con su sombrero floreado, su bolso y sus zapatos delicados, ligeramente inclinada hacia adelante mientras marcha para hacer del mundo un lugar mejor. Esa es la Eleanor Roosevelt que habita en un mundo que trasciende todos los anhelos, dolores y emociones de la pasión. Pero ese personaje público enmascaró a la verdadera Eleanor, tal como lo demuestran sus cartas a Hick.

Las cartas entre Eleanor y Hick son menos asombrosas hoy en día por la sorpresa que por la emocionante y conmovedora historia que narran sobre dos mujeres que se amaron intensa y profundamente. Las mujeres que amaban a otras mujeres se unían y mostraban el camino hacia una vida más libre. Especialmente para Eleanor Roosevelt, que se vio obligada a casarse en el estrecho marco de la clase y la riqueza, la posibilidad de tal amor fue liberadora. Cuando lo encontró, con Hick, cambió su vida y la de Hick para siempre.

PRIMERA PARTE

R

AMOR IMPREVISTO

## Capítulo I

### *Empezando a confiar*

Cuando Franklin Delano Roosevelt fue nominado a la presidencia, en agosto de 1932, algunos dudaban de que un superviviente de la enfermedad de la polio, paralizado de cintura para abajo, tendría la fuerza necesaria para llevar a cabo una campaña exitosa, y mucho menos para sacar al país de la peor depresión económica de toda su historia. Incluso sus asesores se sentían preocupados. Roosevelt dio una respuesta desafiante a todos ellos: haría un viaje de catorce mil quinientos kilómetros y veintiún días a través de diecisiete estados del Medio Oeste y oeste a bordo del tren Roosevelt Special.

Fue un viaje perfectamente adecuado tanto para el temperamento de Franklin como para sus limitaciones físicas. Cada vez que se detenía el tren, Roosevelt salía a la plataforma trasera, agarrando el brazo de su hijo Jimmy. La barandilla ocultaba de la vista la parte inferior de su cuerpo, por lo que el público solo veía sus hombros y su pecho mientras él pronunciaba su discurso de un minuto. «Es agradable estar de vuelta en Dubuque —comenzaba con una gran sonrisa y añadía—: solo estoy aquí para mirar, aprender y escuchar». Su discurso era patriótico, pero su mensaje era amistoso, y su coraje físico animaba a su preocupada audiencia.

Entre una parada y otra, Roosevelt solo tenía que mirar por la ventanilla del tren para comprobar lo mal que se habían puesto las cosas. En Chicago, había bloques de edificios abandonados, parques descuidados e hileras de tiendas desiertas con ventanas ennegrecidas. Los barrios marginales, agrupados a lo largo de las vías férreas, despedían el humo de los fuegos para cocinar. En el rico país agrícola de Iowa y Ohio, las granjas estaban sin pintar, las cercas se desmoronaban y los alimentos se pudrían en los campos. En el momento en que el tren Roosevelt Special llegó a Seattle, tenía sobradas razones para hablar «en nombre de un país afligido y de un mundo afligido».

Sin embargo, incluso en tiempos tan terribles, Franklin Roosevelt logró disfrutar. Le gustaba

todo aquello relacionado con las campañas, desde el entusiasmo de las multitudes locales hasta los enfrentamientos con los «muchachos» del periódico. La sala de estar de Roosevelt estaba abierta a todos: los políticos locales subían y bajaban, los asesores más cercanos y los futuros miembros del gabinete se reunían hasta altas horas de la noche trazando un nuevo rumbo para un país en crisis. Roosevelt mejoró su capacidad de escucha y de aprendizaje con dosis saludables de chistes, historias, póquer y alcohol.

Eleanor Roosevelt esperó hasta el viaje de regreso desde la costa oeste para unirse al Roosevelt Special. No compartía el entusiasmo de su marido por los admiradores que aplaudían durante la campaña. «Parece indecoroso y un sinsentido, pero quizá lo necesitemos», confesó en una ocasión. Tampoco se sentía cómoda con el ambiente jocoso que rodeaba a su esposo. Por mucho que lo intentó, Eleanor no siempre entendió los chistes y se sentía incómoda con las burlas. En su luna de miel, se había negado a unirse a una partida de *bridge* que implicaba dinero, porque la habían criado para pensar que era inapropiado. La bebida, especialmente, la inquietaba. Tenía sus propias razones para odiar hasta el olor del alcohol: su padre se había emborrachado hasta morir, y ahora parecía que su hermano iba por el mismo camino.

Eleanor tenía mucho que decir sobre asuntos de política. Pero los políticos y los cerebros de confianza que rodearon a Franklin, apenas pensaron en involucrarla en sus debates. La excepción fue Louis Howe, un hombrecillo arrugado con cicatrices en el rostro y ojos saltones que había sido un verdadero partidario de la grandeza de Roosevelt desde que se conocieron en 1911. Eleanor Roosevelt se sintió repelida por Howe desde el primer momento: era un hombre poco elegante y que fumaba sin parar, el tipo de persona, tal y como había sido educada, a evitar. Pero las atenciones que Howe le prestó en 1920, cuando Roosevelt se postulaba para vicepresidente con la desafortunada candidatura demócrata, contribuyeron en gran medida a que cambiara de opinión. Con Franklin enfermo de poliomielitis en la isla Campobello, Eleanor y Louis formaron un gran equipo. Fueron los únicos que creyeron que Roosevelt tenía un futuro político en aquellos años que siguieron al diagnóstico de su enfermedad. Howe llegó a entender entonces que Eleanor podía mantener vivas las aspiraciones de su marido mientras el futuro señor presidente se recuperaba. La instó a bajar su voz aguda y a reprimir su sonrisa nerviosa cuando hablaba en público, animándola a involucrarse más en la política de Nueva York. Con el paso del tiempo, se le ocurrió la idea de que Eleanor se presentara a la presidencia.

Para Louis Howe, el viaje en el tren Roosevelt Special representó un sueño hecho realidad. Había estado trabajando para lograr la candidatura presidencial desde que Franklin Roosevelt prestara servicio por primera vez en la legislatura del estado de Nueva York. Howe, como astuto político que era, sospechaba que la campaña de Hoover estaba perdida y que Roosevelt estaba a punto de convertirse en el siguiente presidente de los Estados Unidos.

Eleanor Roosevelt no quería creerlo. La chispa que Howe había encendido en ella la había llevado a una nueva e independiente vida. Cofundó un taller de artesanía llamado Val-Kill Industries, así como una escuela de niñas, en la que trabajó como profesora, y participó activamente junto con otras mujeres en la política de Nueva York. Además, conocía de cerca la carga ceremonial inherente al puesto de primera dama: su tía Edith había sido un ejemplo para su tío Theodore. Ella no quería formar parte de eso. Había sido tan pasional como Howe en cuanto a la rehabilitación política de su marido. Sin embargo, conforme el tren Roosevelt Special ganaba ímpetu, Eleanor no compartía su entusiasmo.

Resultó alentador, dadas las circunstancias, que el tren de la campaña se hubiera desviado por una vía secundaria para que ella pudiera visitar a una vieja amiga que la comprendiera. Eleanor e Isabella Greenway habían afrontado ser pioneras en «salir del armario» en años consecutivos — ambas lo habían considerado más como un deber que un plato de buen gusto—, e Isabella había sido dama de honor en la boda de Roosevelt, acompañándola mientras organizaban la miríada de regalos y redactaban las notas de agradecimiento. Desde entonces, Isabella se había casado con Robert Ferguson, un viejo amigo de la familia, mudándose con él a la ciudad de Prescott, en el estado de Arizona, con la esperanza de que el clima seco le curara la tuberculosis.

Puesto que Eleanor y su esposo conservaban sus amistades, era lógico que se tomaran un día libre de la campaña, lejos de la prensa y del público, para visitar a Isabella y a su esposo en Prescott. Los periodistas se mostraron más atentos: los fotógrafos acordaron no tomar fotografías en las que se viese la silla de ruedas de él. No hay ninguna imagen de Roosevelt en una postura encorvada, y su inclinado e indefenso cuerpo en su silla nunca apareció en los periódicos. Conceder a la familia un día libre para visitar a los amigos les pareció bien a todos.

Sin embargo, lo que sí sorprendió e irritó a los reporteros fue la excepción hecha en el caso de un novato del *Chicago Tribune* llamado John Boettiger, a quien se solicitó, por alguna razón, que asistiese a la visita en privado. A ninguno le molestó tanto como a Lorena Hickok. Hick era la única reportera en el Roosevelt Special y una de las mejores del país, y había llegado hasta allí luchando por conseguir historias. «La mayoría de las mujeres eran redactoras de publicaciones sociales o trabajaban en el ámbito social. Era raro ver a mujeres que luchaban y salían a la calle como simples periodistas», señaló su colega Walter B. «Rags» Ragsdale. Otro reportero que la conocía bien observó el sarpullido rojizo que solía aparecer en la parte de atrás del cuello cada vez que se veía excluida de algo importante.

Hick ya se había quejado al descubrir que los hombres del tren Roosevelt Special disfrutaban de compartimentos o salas de estar en las que poder dormir y trabajar, mientras que a ella le tocaba una pequeña cabina junto a la sala de máquinas, muy cerca de donde se encontraban los

demás reporteros. Como es lógico, se sentía furiosa porque John Boettiger, un periodista sin experiencia, recibía un trato especial. Decidió quejarse a Eleanor Roosevelt por ello.

Hick no esperaba su reacción: Eleanor Roosevelt la había invitado a acompañarla. Hick se sintió intrigada y algo perpleja. Eleanor la había mantenido a cierta distancia en el pasado. Cuando la entrevistó en la casa del gobernador, había sido invitada a subir a la sala de estar para tomar un té, servido en tetera de plata. Ese día, al igual que los demás, Lorena Hickok se había vestido de manera formal: una camisa de seda y un traje de chaqueta con falda, por supuesto. Una buena imagen. Sus piernas estaban bien proporcionadas y sus zapatos eran acertados. Su rostro redondo tenía una mandíbula fuerte y decidida y unos ojos penetrantes e intensos. Medía 1,70 y no tenía sobrepeso. Sin ser ella una modelo, había sentido cierta lástima por Eleanor. Advirtió que Eleanor se veía poco atractiva, pese a sus cálidos ojos azules y a su sonrisa cautivadora. Iba vestida de manera poco acertada: su falda resultaba demasiado larga, su blusa era de un verde terrible, y llevaba una redecilla con una goma elástica en la frente. Además había heredado los protuberantes incisivos de la rama familiar de Teddy Roosevelt.

Sin embargo, Eleanor desplegaba una elegancia natural al moverse. Hick quedó cautivada por sus manos largas y delgadas y por la forma tan elegante de desenvolverse sirviendo el té. En el té de ese día, Eleanor mantuvo un ambiente amigable pero algo distante. Hick tuvo la impresión de que la esposa del gobernador no confiaba en ella. Por eso se sorprendió cuando Eleanor le pidió que fuera a Prescott; algo había cambiado. Su instinto de reportera le desveló la razón: aquello tenía que ver con la larga conversación mantenida una noche con la secretaria de Eleanor, Malvina Thompson, mientras ambas se hacían compañía en el tren Special Roosevelt.

Malvina Thompson, conocida por todos como Tommy, era mucho más que una simple secretaria; era la leal amiga y compañera de viaje de Eleanor, siempre dispuesta a hacer lo que ella le pidiera. Se conocían desde que trabajaban en la campaña presidencial de Al Smith en 1928. Tiempo después, Tommy se convirtió en secretaria de Louie Howe, aunque trabajó por su cuenta para Eleanor. En el momento en que Roosevelt fue elegido nuevo gobernador de Nueva York, Tommy y Eleanor formaron un equipo de trabajo a tiempo completo. Tommy estuvo casada hasta 1939 y unida a otro hombre después de esa fecha. Pero consagró sus desvelos a la mujer a la que llamaba «señora R.». Tommy y Hick tenían mucho en común: nacieron el mismo año, procedían de la clase trabajadora, fumaban, bebían y compartían opiniones muy firmes. Es natural que gravitaran una en torno a la otra al terminar la jornada de trabajo.

El tren avanzaba apaciblemente durante el día, con Roosevelt sentado en su butaca especial en el vagón de primera clase. Si se desplazaba demasiado rápido, los temblores y movimientos bruscos impedían al gobernador concentrarse en la lectura y en la conversación. Por la noche, el

maquinista compensaba la pérdida de tiempo desplazándose a toda velocidad entre las sombras de la oscuridad. Pudo haber sido un silbato de tren en una noche, lo que llevó a Tommy Thompson a compartir un recuerdo de la infancia sobre su padre (quien había trabajado como ingeniero de locomotoras en el ferrocarril) con Hick . Él habría saludado con complicidad con tres ráfagas de sonido al pasar frente a los apartamentos de las familias del Bronx.

Fue una idea muy conmovedora y tan contradictoria con los recuerdos de infancia de Hick, que la impulsó a hablar con Tommy sobre su doloroso pasado. La madre de Hick había fallecido cuando ella acababa de cumplir trece años, dejándola en manos de su violento y abusivo padre. Al cabo de un año, él se volvió a casar y la madrastra la echó de casa. Desde los catorce años, tuvo que abrirse camino en las ciudades pioneras de Dakota del Sur, trabajando como empleada en las casas donde se alojaba.

Cuando Eleanor escuchó la historia de Hick de boca de Thompson, cambió su opinión sobre la exigente reportera de la revista *AP*. Debido a que su propia vida había sido marcada por la pérdida y la decepción, se sentía atraída hacia personas que como ella, habían sufrido y luchado. Después de eso, empezó a sospechar algo que los compañeros de Hick ya sabían: por un lado estaba la Hick superficial: la reportera indiferente y a prueba de golpes, que sabía beber y fumar con los chicos, y que luchaba por sus derechos; y por otro lado estaba la tierna y a veces tímida Hick, que daba testimonio del sufrimiento cotidiano en aquellos terribles tiempos.

Mucho antes de unirse a *AP*, siendo reportera del *Minneapolis Tribune*, se podía confiar en Hick para que encontrara y contara las más vívidas historias de penurias: artículos largos y detallados sobre las jóvenes llegadas a la ciudad de Minneapolis desde los pueblos granjeros y que se metían en problemas; historias de un trabajador herido que decidió abandonarse bajo un puente y morir de hambre; o de un organillero al que habían robado su monito.

Hick seguía buscando tales historias durante la campaña. Su compañero Rags Ragsdale solía retransmitir los discursos de Roosevelt mientras ella se dirigía a la multitud y hablaba con la gente de sus propias vidas. «Muchas veces, ella regresaba a bordo del tren de la campaña, furiosa y casi llorando por una de estas desafortunadas historias recogidas de alguien entre la multitud», recordaba Ragsdale.

Había interminables casos de infortunio. Durante una escala en la ciudad de Topeka, Kansas, Hick observó a Franklin Roosevelt dirigiéndose a miles de «granjeros con el rostro muy curtido y sombrío, algunos tan harapientos que recordaban a una de las fotografías de campesinos mongoles muertos de hambre que aparecían en las secciones de huecograbado de los periódicos dominicales. Ellos no vitorearon. No aplaudieron. Se quedaron ahí de pie bajo el abrasador sol, en silencio, escuchando».

Después de su día con Eleanor en la ciudad de Prescott, Hick comprendió por qué el novato de John Boettiger estaba recibiendo un trato especial: tenía un romance con Anna, la hija mayor de los Roosevelt, quien desafortunadamente se había casado con Curtis Dall. No mucho después, tanto Anna como John se divorciaron de sus respectivas parejas con el fin de casarse entre ellos.

Cuando finalmente se produjo el divorcio, se convirtió en una fuente inagotable para las columnas de cotilleos. Sin embargo, cuando Hick regresó de su día con los Roosevelt, informó a sus compañeros reporteros de detalles como el rancho y la barbacoa, no sobre la aventura romántica. Este fue el primero de los muchos secretos familiares que guardaría.

El descubrimiento más importante de Hick aquel día fue que Eleanor Roosevelt resultaba tan fascinante como su marido. «Lorena estaba más emocionada que nunca a su regreso. A partir de ese momento, le resultó difícil escribir con las habituales restricciones de *AP* sobre la señora Roosevelt», recordaría más tarde Ragsdale.

En el pasado, Hick había evitado escribir sobre las esposas de los políticos: la moda, los tés y los eventos de caridad eran cosas de mujeres, y se había librado de hacerlo mucho antes, mientras empezaba en el *Milwaukee Sentinel*. Eleanor, a su vez, resistió la curiosidad de los reporteros, especialmente cuando se trataba de algo personal. Su abuela le había enseñado que resultaba inapropiado aparecer en público. «Daba la menor información posible —explicó en sus primeras memorias—, sintiendo que era la única actitud correcta hacia los periodistas cuando se trataba de una mujer y de su hogar».

Eleanor tenía sobradas razones para desconfiar de todos ellos. Tal y como dejaría claro el incidente de Boettiger, sucedieron algunas cosas en la casa de Roosevelt que debían mantenerse ocultas a la prensa amante del escándalo. Además, a Eleanor no le gustaban las representaciones habituales de la devota esposa política, al menos tanto como Hick odiaba escribirlas. En el caso de Eleanor, como pronto descubriría Hick, ese papel ceremonial era una fachada que tenía poco que ver con quién era realmente.

En un principio, a Hick solo le preocupó la reticencia de Eleanor. El señor Roosevelt, no Eleanor, era el protagonista, y disfrutó de la atención de Hick. En abril de 1932, meses antes de convertirse en el candidato demócrata a la presidencia, la llevó a Hyde Park para una encantadora campaña que duró todo el día.

La gran casa de Hyde Park era un auténtico museo de la rama de la familia Roosevelt de Franklin. En 1915, él mismo había trabajado para duplicar el tamaño de la residencia a fin de acomodar a su cada vez más numerosa familia. La versión ampliada de Springwood, como se llamaba la mansión, estaba repleta de las colecciones familiares de libros, grabados náuticos y pinturas. También había retratos de los antepasados de Roosevelt y Delano colgados en las



paredes, junto con la porcelana y las curiosidades de China, lugar donde los Delano hicieron su fortuna como comerciantes. Muy poco de lo que había en ella estaba relacionado con la historia de Eleanor: había crecido en la mansión de su abuela<sup>2</sup>, río arriba, a orillas del Hudson. La casa Roosevelt que ella conocía y amaba era Sagamore Hill, en Long Island, el lugar donde Theodore Roosevelt, el hermano mayor de su padre, vivía con su numerosa familia rodeado de los recuerdos de su azarosa vida.

Franklin y Hick se sentaron frente a la chimenea de la casa grande de Hyde Park y hablaron de política mientras Eleanor escuchaba a la vez que tejía. Luego Roosevelt llevó a Hick en su automóvil Roadster a dar una vuelta por la finca, señalando la colina donde se deslizaba en trineo de niño, los abetos que estaba cultivando para renovar el empobrecido suelo, y la casa de piedra, en la cercana Val-Kill, diseñada por él «para mi señora». Se trataba, según él, de una obra concebida en el estilo holandés de sus antepasados.

Hick recorrió la cabaña con la «señora» y supo de la pequeña empresa de muebles de la que formaba parte Eleanor. La señora Roosevelt y sus amigas habían fundado las Industrias Val-Kill con la idea de ofrecer a sus clientes locales el servicio de granjeros con habilidades artesanales. El pequeño taller produjo muebles de reminiscencias coloniales y peltre.

No pasó desapercibido para Hick, ya que Eleanor y sus dos amigas la llevaron por la pequeña fábrica, que formaban un trío inusual. Una era Nancy Cook, una carpintera que había usado sus habilidades para fabricar prótesis artificiales durante la Primera Guerra Mundial, y la otra era Marion Dickerman, directora de una escuela de niñas en la ciudad de Nueva York. Ambas eran ávidas demócratas y no las típicas «señoritas para almorzar» a las que Hick se esforzaba en evitar. También advirtió que Cook y Dickerman eran pareja. Hick debió de sentirse intrigada por Eleanor y sus amigas poco convencionales, pero las dejó al margen de su artículo para *AP*. En cambio, enfatizó los admirables esfuerzos de Delano para restaurar el suelo de su propiedad.

Hick se interesó más en Eleanor durante la convención demócrata de 1932, mientras hacía guardia con otros reporteros frente a la mansión del gobernador en la ciudad de Albany, esperando que los delegados se pusieran de acuerdo sobre un candidato. Fue una convención ruidosa y polémica, y el resultado aún no estaba claro cuando Roosevelt celebró una conferencia de prensa el primer día de julio. Hick lo vio animado y optimista, bromeando y riendo más de lo normal. Su estado de ánimo sugería lo que más tarde se confirmó: se estaba llegando a un acuerdo. Pero lo que también notó esa noche fue que Eleanor parecía abatida. «Esa mujer está disgustada por algo», le dijo a su compañero cuando se fueron de Albany. Fue el recuerdo más intenso que se llevó de la conferencia de prensa. Sin embargo, no apareció en la noticia que publicó.

Cuando descendió del Roosevelt Special, en la ciudad de Búfalo, Hick ya había comprendido que cubrir noticias de Eleanor Roosevelt tenía mayor potencial que sacar a relucir información de la típica primera dama del pasado. Así que, cuando el reportero de *AP* asignado a Eleanor se fue, Hick presionó para cubrir su puesto. Envío un telegrama a su jefe, editor de *AP*, Bill Chapin, «LA DAMA TIENE UNA ENORME DIGNIDAD, ELLA ES LA PROTAGONISTA». En octubre de ese año, Chapin finalmente le dio luz verde: «Ahora es toda tuya, Hickok. ¡Diviértete!».

Hick se convirtió en un apéndice de Eleanor. Se pasaba las tardes enteras sentada fuera de su oficina en Nueva York, tratando de adivinar qué estaba pasando a puerta cerrada. Asistió a cada una de sus apariciones públicas. En la noche en que Eleanor cumplió cuarenta y ocho años, se celebró una pequeña cena con amigos cercanos. Hick, por supuesto, no estaba invitada. Pero sí logró escuchar a Eleanor comentar lo siguiente: «es bueno estar en una etapa de mediana edad. Las cosas no tienen tanta importancia. No te lo tomas tan a pecho cuando te pasan cosas que no te gustan». El comentario intrigó a Hick. Pero no le pareció algo para publicar en el periódico.

Hick recibió una invitación (o se invitó a sí misma) para la jornada de la campaña de Eleanor prevista por todo el estado de Nueva York dos semanas después de la fiesta de cumpleaños. Durante cinco días a finales de octubre, Eleanor estuvo un total de cincuenta horas en el tren. «La mayor parte del tiempo —reportó Hick a *AP*—, la señora Roosevelt estaba acompañada solo por una mujer». Esa compañía era la propia autora de la noticia, Lorena Hickok.

Durante el tiempo de campaña en el transcurso de aquel viaje, Eleanor trabajó según las reglas establecidas. Por un lado, se negó a pronunciar discursos en apoyo de la campaña de Franklin, porque no le pareció apropiado que la esposa del candidato apelara a los votantes en su nombre. Por otro lado, se pronunció con entusiasmo a favor del candidato a la gobernación Herbert Lehman, ya que, como ella misma explicó, él era un buen amigo de la familia. En otras palabras, era algo personal y no político, una distinción, en el caso de Eleanor Roosevelt, sin ninguna diferencia.

Hick notó que Eleanor se movía entre lo privado y lo público de un día para otro. Una noche, en la ciudad de Siracusa, advirtió a una audiencia de mujeres demócratas sobre el hecho de que el siguiente invierno probablemente sería atroz y que los republicanos no proporcionaban ninguna respuesta. «Si usted y yo tuviéramos hambre, dudo que fuéramos tan pacientes como esta gente lo ha sido hasta ahora». Al día siguiente, insistió en que solo era la esposa del candidato y que no hablaba de política.

Aún había más sorpresas y contradicciones pendientes. Eleanor visitó al antiguo guardaespaldas de su esposo, Earl Miller, y a su nueva esposa en la ciudad de Elmira, en el estado de Nueva York. Los Miller se habían casado hacía poco tiempo en la finca Roosevelt, en

Hyde Park. Pero esto también resultó mucho más complicado de lo que pareció en un primer momento. Earl Miller y Eleanor Roosevelt se profesaban cierto cariño, lo que hizo que algunos sospecharan que fueran amantes. Como mínimo, fue un coqueteo apasionado. Earl, un atleta guapo y en forma, trece años menor que ella, había animado a Eleanor en nuevas y audaces actividades: montar a caballo, bucear, jugar al tenis, disparar una pistola e incluso tomar parte en absurdas películas caseras cuando la visitó en el centro de la ciudad de Val-Kill. Eleanor, por su parte, prestaba atención a Earl, ayudándolo a montar su casa y escuchando sus historias de aflicción romántica.

Algunos sugirieron que este romance, que comenzó a malograrse rápidamente, era una farsa escenificada con el único fin de distraer la atención sobre ciertos cotilleos y proteger a la mujer a la que Miller llamaba *Lady*. Más tarde, hubo un segundo matrimonio fallido. Esa vez se corrió el riesgo de que Eleanor Roosevelt fuese citada como coencausada en el proceso de divorcio. La amistad de Miller con Eleanor podría considerarse un escándalo de atraer la atención de las personas equivocadas. Una vez más, Hick fue testigo de un secreto familiar potencialmente dañino; de nuevo, se lo guardó para sí misma.

Eleanor no había regresado de su viaje por el estado de Nueva York cuando se enteró de que la secretaria personal de su esposo durante los últimos doce años, Marguerite LeHand, conocida como Missy, había perdido a su madre. Inmediatamente decidió regresar en tren y acompañar a Missy hasta la casa de su madre en la ciudad de Potsdam, en el estado de Nueva York, cerca de la frontera canadiense, para su funeral. Hick también apareció, por supuesto.

Durante el largo viaje en tren a Potsdam, Hick se enteró de otro aspecto inusual del complicado panorama emocional del matrimonio Roosevelt. Missy no era una simple secretaria personal de Franklin. Se había convertido de hecho en una especie de segunda esposa. Había vivido en la mansión del gobernador durante los últimos cuatro años, y viviría en la Casa Blanca durante gran parte de la presidencia de Roosevelt. Alta y elegante, de treinta y tantos años, con ojos grises y un rostro alargado, Missy era una secretaria eficiente y dedicada a cumplir los deseos de Effdee. Era también la única persona que acompañaba a Roosevelt, quien escuchaba sus chistes y compartía con él su cóctel vespertino, la que entraba a su habitación por la mañana para planificar el día, y a la que a veces se veía sentada en su regazo tras la jornada de trabajo. Podía ser su amante.

Como era de esperar, hubo momentos en los que Eleanor se sintió resentida con Missy, especialmente al no ser la primera secretaria personal convertida en la compañera íntima de su esposo. Sin embargo, Eleanor insistió en que le tenía mucho aprecio a Missy. Este hecho dice no solo mucho a favor de Eleanor, que se esforzó por valorar a casi todos, sino también de la



¿Quieres leer más?

Cómpralo en nuestra web o descárgatelo en todas las plataformas digitales

[SI QUIERO](#)